

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Todos nos llamamos Abdel

Autor/es:
Alopilarius

Citar como:
Alopilarius (2001). Todos nos llamamos Abdel. La madriguera. (44):83-83.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42030>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



TODOS NOS LLAMAMOS ABDEL

PANFLETO

por Alopilarius

Bin Laden y Bush dicen lo mismo: o conmigo o contra mí. Son dos fascistas que quieren imponer su violencia al resto de la humanidad. La situación de las mujeres ni les importa ni les ha importado nunca, pero ahora la están instrumentalizando.

NILOUFAR PAZIRA, protagonista de *Kandahar* (Moshen Makhmalbaf, Irán, 2001)

La foto que acompaña este panfleto muestra el muro de una casa *okupada* pacíficamente desde hace años en la calle República Argentina de Barcelona, cuyos habitantes mantienen una amable relación con los tranquilos vecinos de los barrios aledaños de Sant Gervasi y Vallcarca. *Per molts anys*. Y viene a cuento esta foto para hablar de la película de José Luis Guerín *En construcción*, la cual describe los últimos avatares acaecidos en el otro extremo de la ciudad, en un rincón del Barrio Chino barcelonés.

Nos ha recordado el ahincado e hilariante film de Guerín que para expresar una *verdad*, al menos con imágenes y sonidos, no basta con los apresurados reportajes televisivos a los que nos tiene acostumbrados la hasta ahora inapelable CNN, ni los aterradores testimonios emitidos desde Qatar –y que dure esta libertad, inesperada en medio de una campaña de guerra– por la televisión Al-Yazira: hay que remitirnos, necesariamente, a las películas de Rossellini, pues como opinaba ingeniosamente Godard, "tous le chemis mènent a *Roma, città aperta*".

Ahora bien, no sólo la herencia del

Rossellini de *Viaggio in Italia* (1953) recoge el film *En construcción* –especialmente en lo que se refiere a la catalizadora secuencia del hallazgo de vestigios arqueológicos–, sino también la de otros cineastas que con igual pertinencia, podrían ser invocados aquí; verbigracia los Lumière (*Demolition d'un mur*, 1896), Paul Strand y Charles Cheerler (*Man-*

jores films del mundo en la última década.

Y dicho esto creo poder (faltaría más) ponerle una pega, aunque pueda parecer, paradójicamente, que me limito a añadir un nuevo elogio. Es ésta. La admirable falsedad del film, como la de *F for Fake* (1974), de Welles, *no documenta* la grave coyuntura de estos años para quienes

tratan de encontrar un techo en mi ciudad. Su tema es otro, y más perdurable: en cierto modo, no llega a tanto; en cierto modo rebasa con creces la mera descripción de esta *realidad*. No se trata de un *documento*, por lo tanto, sino de un *monumento* (Benjamin diría) de nuestro cinema (y del cine universal). ¿Cuál es la pega, pues? *En construcción* es un film encantador; quizás demasiado encantador siendo así que se aborda en él un tema tristísimo, propenso a lo elegíaco o que excita el



alegato furibundo. Me gusta el cine de Guerín, por supuesto, pero su próximo film será aún más valioso si consigue disgustar –a quienes debe disgustar– tanto como los *okupas*, que tienen al señor alcalde de Barcelona y a la señora delegada de gobierno que echan las muelas, y por algo será. Claro que el desdeñado arte de la *pintada*, o del *panfleto*, es una cosa muy otra (digna, hoy más que nunca, de ser reivindicada), y las dificultades de acceder a una modesta habitación minímalmente agradable dónde vivir –tema que se ha abordado obsesivamente en el cine español: recuérdese *El pisito* (Marco Ferreri, 1958)– es, qué duda cabe, *otro cantar*.

Así que no seamos tímidos: confesemos que, como buenos burgueses, nos hemos identificado con la mirada de Guerín; confesemos que nos hemos partido de risa; confesemos que estamos ante un film espléndido, el mejor film español, probablemente, desde *El sol del membrillo* (1992), de Erice, lo que es tanto como decir uno de los me-

Salud.